

Programa Interuniversitario de Historia Política

Foros de Historia Política – Año 2025

historiapolitica.com

Foro: Las emociones políticas en el análisis histórico

Coordinación y presentación:

Mónica Bartolucci, Universidad Nacional de Mar del Plata

Rasgos de una perspectiva

Hace algunos años, al realizar una compilación de trabajos de las diferentes prácticas que los jóvenes argentinos habían llevado adelante en nombre del “amor por la patria” entre 1955 y 1979, dijimos que para comprender este sentimiento *in totum* debíamos remitirnos a otro conjunto de emociones o disposiciones emocionales como la pasión, la violencia, el odio al enemigo u otros conjunto de variables imperantes en el período.¹ Esa meta respondía al tipo de actitudes y prácticas que detectábamos en aquel trabajo, pero también se amparaba en nuevas formas de comprender a la realidad histórica a través del estudio de las emociones, ya que hace no mucho tiempo nuestra disciplina dejó de menospreciarlas para tomarlas como una variable plausible.² Desde ese momento, estudiar, identificar y analizar las normas y reglas cambiantes del sentimiento para detectar qué emociones fueron habilitadas o censuradas en diferentes períodos históricos se convirtió en el objetivo fundamental. El cambio historiográfico central fue dejar de concebir al sujeto como un maximizador racional de preferencias en el que la toma de decisiones fuera independiente de los afectos. Desde fines de los años setenta hasta la fecha, cada vez más investigadores intentan entramar la afectividad, los sentimientos de los agentes de la historia como una variable válida para explicar los procesos los hechos sociales y políticos. Esta iniciativa se asentó cada vez con mayor fuerza y su auge actual parece una confirmación, si observamos asociada el presente y el estilo que han asumido diferentes gobiernos en Europa, Estados Unidos y Latinoamérica. Al respecto Frevert ha opinado que “a medida que estos sistemas apuntan al yo y potencian la búsqueda de la

¹ Nos referimos a Bartolucci, M. Favero, B. [comps.] (2021). *En el nombre de la patria: Juventud, nacionalismos cotidianos y emociones patrióticas (Argentina, 1955-1979)*. Buenos Aires: Teseo

² Los centros europeos de las Emociones en Londres y el Centro de Excelencia del Consejo Australiano de Investigación para la Historia de las Emociones *en Londres y el Centro de Excelencia del Consejo Australiano de Investigación: Historia de las Emociones*. En Latinoamérica se destaca el "Seminario internacional de Política y Emociones", con sede en el Instituto Mora (Ciudad de México).

auto optimización y la auto gestión, han tomado conciencia de las emociones como principales motivadores y mecanismos de conmutación que impulsan las acciones y las inacciones de las personas” (Frevert, 2018 s/p.).

En realidad, la emoción es un antiguo tema y preocupación de la filosofía desde Aristóteles hasta aquí. De hecho, el concepto *emoción* abarca un amplio abanico de procesos psíquicos, tales como alegría, miedo, tristeza, ira, amor, odio, entre otros, y significa la alteración del ánimo intensa o pasajera acompañada por una conmoción somática. La forma *emotio* se vincularía con el verbo *ēmovēre*, formado de *ex* ‘hacia fuera’ y *mōvēre* ‘mover’, ‘poner en movimiento’.³

David Hume (1711-1776) apreció el miedo entre los hombres como un problema central que justificó la organización del Estado, cumpliéndose de esa manera muy tempranamente la idea de que junto con el surgimiento de una emoción se crean las instituciones que le dan respuesta. Por su parte, en su *Ética*, Baruch Spinoza (1632-1677) trató de conjugar su mente racionalista con el problema de las pasiones, a través de un juego intelectual en el que la tristeza y la alegría eran las pasiones madres y todas las demás derivaban de la capacidad de *conatus* que tengamos respecto de ellas. La sociología de viejo cuño también las atendió: Georg Simmel las asoció a la “nerviosidad de las ciudades” y Eugene Weber consideró esencial el concepto de “carisma”. A finales de los años 1930, Norbert Elías publicó sus estudios sobre el proceso de civilización, en los que identificaba el creciente control de los afectos como una de las características centrales de la modernización, que cambió el aparato afectivo de las personas. La contribución de Elías fue crucial para los historiadores, porque su análisis se alejó de los postulados psicológicos que sostenían la invariabilidad de las emociones para argumentar, en cambio, que la función que los sentimientos cumplen en la psiquis del individuo no depende de la naturaleza sino de la historia y de las relaciones sociales. Desde la Historia, Henri Berr, Lucien Febvre, Marc Bloch supieron muy tempranamente que lo individual solo era posible de ser comprendido en el marco de las formas concretas de una sociedad. La conciencia colectiva y la religión, el simbolismo, los comportamientos sociales, y por supuesto los sentimientos, produjeron una crisis

³ Dice Štrbáková que “la historia de la palabra *emoción* presenta aún incógnitas que merece la pena estudiar, sobre todo teniendo en cuenta su tardía inclusión en los diccionarios generales (DRAE 1843). En el camino vital de una unidad léxica, su registro en un diccionario general suele ser consecuencia –y al mismo tiempo prueba– de su integración en el léxico”. Štrbáková Radana (2019) “Historia de la palabra emoción en perspectiva comparativa. (español, francés, italiano inglés) en PHILOGIA, vol. XXIX n° 1 – 22: 55–80.

importante con aquellos que seguían en la búsqueda del detalle. Incluso Febvre desde principios de siglo hizo un llamamiento a poner los sentimientos en el centro de los estudios convirtiéndose en “el grito de Febvre” según Plamper (Plamper, 2014, p.18).

El cambio definitivo, sin embargo, se produjo a mediados de siglo XX cuando varias ciencias sociales encarnaron el quiebre entre el binarismo razón-emoción y lo transformaron en un nuevo paradigma científico. La antropología extendió sus análisis hasta convencernos de que no existe una idea de emoción homogénea y pan-cultural, la psicología cognitiva afirmó que el conocimiento resulta de la percepción de un objeto y de su posterior procesamiento cerebral y las neurociencias, a partir del trabajo de Antonio Damasio, aportó su teoría acerca de la relación emoción, mente y cuerpo. Así, desde 1980 se fue dibujando un consenso tácito: si bien la naturaleza humana nos predispone hacia un cierto tipo de respuesta emocional, la cultura tiene un papel determinante como moldeadora de estas propensiones. Para los defensores de este construccionismo social, las emociones se generan y se organizan de modo diferente según cada cultura, en función del lenguaje, las prácticas, las expectativas y los valores que esta promueva. En este clima científico nace la “*emocionology*”, un nuevo concepto historiográfico que promueve la investigación o el acercamiento a cómo la gente siente, como representa sus sentimientos, cuáles son las actitudes emocionales *standard* de una sociedad, las expresiones de esas emociones y sobre todo las instituciones que las reflejan y las fomentan. (Stearns, 1985). Es decir, desde ese momento las emociones, concebidas como construcciones que combinan biología y cultura, apuntaron a la historia de la experiencia subjetiva y social respecto al amor, el dolor, el honor, el odio, el orgullo o el miedo, entre otras, para revisar sus diferentes manifestaciones o instituciones concebidas en ese clima (Frevort, 2004; Bourke, 2008; Moscoso, 2012; Ahmed, 2015; Boddice, 2018).

No es esta amable invitación para coordinar una discusión sobre emociones políticas en el marco del Foro del Programa Interuniversitario de Historia Política la oportunidad para hacer una revisión, tantas veces ensayada, de la historia de la historiografía de emociones (Bjerg, 2019; Plamper, 2014; Barrera y Sierra, 2020). Baste con decir que, desde el 2001, decenas de historiadores europeos han escrito acerca de esta variable, la capacidad de ser aprehendida, la posibilidad de ser estudiada, sus fuentes, sus limitaciones, sus representaciones y sus metodologías. La discusión sigue abierta. Sin embargo, quizás sea una oportunidad para recordar que hay un acuerdo general acerca de que esta perspectiva en las humanidades fue el producto de un período pos-estructural que intentó dar respuestas acerca del pasado poniendo el eje no solo en los sujetos, sino

sobre todo en sus sentimientos, como ya hemos dicho,⁴ y que en este “giro emocional” se han producido un conjunto de conceptos novedosos. Paralelamente a la defensa de estas nociones, historiadores e historiadoras han escrito variadas obras y con ellas promovido diferentes categorías, entre ellas “régimen emocional”, es decir el conjunto de emociones normativas, rituales oficiales y prácticas que se nos inculcan; “navegación emocional” en relación a los sujetos que son capaces de romper el régimen emocional imperante en virtud de una libertad emocional; “emotives”, palabras o patrones verbales que son intentos de sentir lo que uno dice que siente (Reedy, 2001; Rosenwein, 2016) o “política de las emociones”, como aquellas herramientas usadas para ganar a los ciudadanos para una determinada causa o agrupación política (Frevert, 2013). A estos conceptos los consideramos primordiales y debemos ponerlos en juego en caso de intentar investigar acerca del mundo de los sentimientos.

Nuestro interés en este caso específico y en relación con el presente foro de discusión, está centrado en aquellas emociones que traspasaron el espacio de la intimidad hacia el espacio público o las que, desde los estándares emocionales de la sociedad, ingresaron a la intimidad personal al punto de modificar sus subjetividades. Este mecanismo entre lo privado y lo público es un proceso dialéctico que se retroalimenta. Nos referimos a las emociones políticas. A esta altura consideramos útil intentar una primera definición de nuestro objeto de estudio: comprendemos a las emociones políticas como aquellos sentimientos que en un determinado momento y por razones que los y las historiadoras debemos develar, encarnan, son sentidos por grupos sociales o sujetos como un motor que junto a otras variables cognitivas impulsan acciones capaces de transformar o promover un punto de giro en el curso del proceso histórico. La resignación, el miedo, la desesperanza, la desconfianza, la rabia, la indignación, la esperanza de cambio o el orgullo entre otras posibles promueven la acción de las multitudes. Estas emociones, que pueden surgir tanto del seno de la sociedad o tratar de ser implantadas desde el poder, muestran una capacidad operativa para cambiar el *statu quo*. Consideramos aquí a las emociones políticas como algo contextualizado, histórico, fruto de un espacio y un tiempo

⁴ Según la lectura de diferentes autores denominamos *emotives* a las traducciones verbalizadas de otras formas sensoriales, Estas palabras no son solo declarativas sino expresiones emocionales que tienen efectos sobre los sentimientos vivido subjetivamente. Zaragoza Bernal (Zaragoza Bernal, 2013) en relación a este concepto creado y utilizado por William Reddy (Reddy, 2001, p. 100-105) dice que su objetivo “era encontrar una forma de evaluar regímenes emocionales, (que) consiste en desarrollar una teoría de las expresiones emocionales como actos de habla, actos que denomina *emotives* y que vendrían a ser el proceso de traducción más o menos provisional de todas esas activaciones”.

en el que las experiencias subjetivas se interrelacionan con las instituciones, es decir que cambian con el tiempo, debido a las influencias sociales, las fuerzas económicas, las intervenciones políticas y los marcos religiosos. Es necesario comprender que, aun cuando siempre han sido asociadas a los movimientos de masas, las emociones cumplieron un rol fundamental en la constitución de los estados y en los comportamientos de hombres y mujeres que defienden agendas ideológicas antagónicas. Los sucesos del siglo XXI nos convocan a pensar respecto de este problema, ya que como hemos dicho en otros trabajos, las emociones están en el corazón de las polarizaciones de distinto tono doctrinario, liberales y populistas de derechas o izquierdas, más o menos nacionalistas. (Bartolucci y Gayol, 2024). Esta polarización, que en la mayoría de los casos hace gala de fanatismos irreconciliables, nos obliga a tratar de comprender algunas particularidades de la categoría con la que estamos pensando la política, sobre todo cuando se trata de algo tan inasible como la afectividad.

En principio querríamos puntualizar que en el marco de los procesos políticos las emociones son aglutinantes y generan identidad de grupos. El amor a la patria, por volver al inicio de esta introducción, puede servirnos como un ejemplo típico que podría confirmarnos esta primera característica. En ese sentido consideramos que, en el centro del patriotismo, en cualquiera de sus manifestaciones, están las emociones humanas. Los diferentes nacionalismos deben ser estudiados no solo desde una perspectiva ideológica, ni una construcción desde el poder, sino como una experiencia compartida, territorial, de lenguaje, ancestral. Atender a lo que sienten o hasta dónde pueden ser capaces de llegar los sujetos en pos de la patria, da cuenta de una de las características más evidentes de la categoría analítica que nos ocupa. Al mismo tiempo, reconocer que las identidades pueden ser analizadas a partir de las diferentes narrativas adquiridas por los sujetos, aquellas que dotan de sentido a la realidad que viven. A nuestro criterio, no hay narrativa ni identidad política polarizada entre un nosotros y ellos sin emoción mediante. Esta idea nos indica el camino de la segunda peculiaridad que es necesario tener presente al momento al trabajar con esta categoría: las emociones no son sólo biológicas ni pre cognitivas, sino que están ancladas en la experiencia concreta de los sujetos. Para decirlo más claramente, la biología es capaz de disparar palpitaciones, sudoraciones, cosquilleos, enrojecimientos por ira, pasión o vergüenzas, por nombrar algunas, pero en el caso de las emociones políticas estas están escoltadas por noticias, imágenes, recuerdos, léxicos familiares, mitos, relatos del pasado que promueven en los sujetos un tipo de comprensión de la realidad. En este caso la emoción se fija en el sujeto como verdad, como

conocimiento. Según algunos autores, la diferencia esencial entre emoción y afecto es que mientras este último responde a una intensidad pre-lingüística y pre-cultural, aquella refiere a esa misma intensidad, “pero cuando es capturada por el sujeto” (Gómez Ramos y Velasco Arias, 2024, p. 16). Esta idea de que la emoción se imbrica con la cognición resulta indispensable para quienes hacemos historia política, ya que nos permite revisar a las filiaciones, adhesiones partidarias o faccionalismos desde una perspectiva que completa las razones puramente ideológicas. En esta clave podría decirse que aquella noticia leída o escuchada, aquella imagen o relato asociado a una escena política, ese discurso del líder o la participación de una manifestación colectiva fue capaz de traspasar el cuerpo para convencernos. Lo pienso porque lo viví y lo sentí. De modo que aquello que ha sido incorporado a partir del sentimiento complejiza el tema de los análisis políticos.

Hasta aquí pareciera primar que las emociones son esencialmente individuales, sin embargo, la tercera condición que debemos recordar es que deben ser comprendidas como manifestaciones colectivas. Ahmed opina que estas circulan, se mueven y se pegan en los cuerpos de los ciudadanos (Ahmed, 2015). Aun cuando los sentimientos se perciban como privados e íntimos, en realidad se trata de sentimientos en común y tienen resonancias de olas afectivas supraindividuales lo cual se convierte en una cuestión clave al explorar la estructura social de las emociones (Gómez Ramos y Velasco Arias, 2024). Su condición colectiva induce otro rasgo a tomar en cuenta. Las emociones políticas son valorativas “acerca de algo o de alguien” (Ahmed, 2015), promueven juicios de valor y apelan a la moral (Arbaiza, 2018).

Para cumplir con los objetivos que nos propone la historia de las emociones, los investigadores coinciden en que entre las vías de entradas metodológicas hay dos muy definidas: la primera es el lenguaje y la propagación de aquellas a través de las palabras (Matt, 2014). Las palabras que insuflan sentimientos, ya sea nacidas desde el seno de la sociedad o impuestas por una meta narrativa, asumen una dialéctica entre ellas y las acciones políticas concretas. El lenguaje afirma y construye las experiencias y nombra a la emoción. Nombrarlas es reconocerlas y también experimentarlas (Frevort, 2024). Los seres humanos han llegado a confiar en los sentimientos para comunicarse; estos sentimientos tienen que ser identificados e interpretados, de modo que como historiadores es necesario atender a los *emotives* que circularon en el pasado. La forma en que los grupos e instituciones sociales definen su estilo emocional tendrá repercusiones en la

forma en que sus miembros sienten y expresan sus sentimientos. El lenguaje de las emociones, por así decirlo, tiene que ser un lenguaje común, al menos dentro del entorno social al que pertenece un individuo. Las emociones se utilizan cada vez más como un importante código comunicativo (Frevvert, 2018; Ahmed, 2015). La otra vía de entrada sitúa la emoción en el cuerpo (Scheer, 2012). El lenguaje de las emociones se presenta en múltiples formas en nuestras fuentes como los gestos corporales, el tono de voz que puede ir desde los susurros del miedo o amenazas entre vecinos hasta los gritos o cánticos partidarios, además del registro de las palpitaciones o sudoraciones provocadas por la alegría o la excitación. El cuerpo del soldado, el del torturado, el deportista heroico, del militante movilizad o el de la élite de poder no son estáticos ni intemporales. Tampoco reaccionan de manera universal, sino como un cuerpo socialmente situado. ¿Cuánta importancia le hemos dado los historiadores a eso que es lo único que tenemos realmente los seres humanos, el propio cuerpo, para hacer política o cambiar la situación socioeconómica a lo largo de la historia? Son pocos los procesos en los que el cuerpo no participe. Guerra, revolución, exilio, movilización, emigración son conceptos que enseñamos en el aula y nos olvidamos de que son los cuerpos de millones de hombres y mujeres los que los movilizan. Lo que la gente está haciendo y cómo usa el cuerpo son prácticas emergentes de disposiciones corporales condicionadas por el contexto social en su especificidad, cultural e histórica.

Son muchas las preguntas que los y las historiadoras deben hacerse frente estas consideraciones. ¿Surgen del mismo seno de la sociedad? ¿Se expanden a través de los líderes a modo de política de las emociones? ¿Qué papel juegan la literatura, la cultura, el periodismo o el arte? ¿Las atizan los líderes o voceros de un sentimiento en ciernes, latente? ¿Cuáles son las instituciones o agencias que se promueven según las emociones imperantes, o estándares emocionales? Estas son algunas de las preguntas generales que están detrás de los trabajos de cada autor de este dossier. Los tres, desde sus propios objetos de estudio, han desafiado las mismas fuentes para interrogarlas sobre el papel que jugaron los afectos en sus investigaciones. Sus trabajos siguen las trayectorias de otras y otros investigadores que en la historiografía argentina han impulsado, a través de distintos encuentros académicos, artículos y libros, la intención de promover un giro afectivo a sus temas, promoviendo a la variable de las emociones como una explicación fundamental en el campo de la historia social, cultural o política.

Los autores que participan de este foro son investigadores formados y en formación y desde hace algunos años buscan pistas en las emociones políticas para

comprender el proceso histórico argentino desde la mitad de siglo XX en adelante.⁵ Los trabajos que siguen, que han sido producidos para el presente foro, ponen en juego una serie de conceptos específicos de la historia de las emociones. En ellos proponen estudiar las pasiones, el orgullo herido y las frustraciones a través de tres trabajos que toman como objeto de estudio los diferentes discursos militares y civiles, la relación entre fútbol y patria y los desencantos frente a la democracia de los argentinos.

Mosiewicki estudia una coyuntura, el bienio 1965-1966, en la que parece haberse implantado un sentimiento de desencanto de la sociedad argentina respecto de la democracia republicana, tanto desde las izquierdas revolucionarias como las derechas conservadoras, como camino para resolver falencias políticas y económicas del país. La necesidad de hombres fuertes y protectores de la gente común y el deseo de orden se imbrican en este trabajo con el lenguaje periodístico que, mirado por el autor como una operación desde arriba, incentivó las emociones existentes. Aquí el golpe de estado en 1966 en Argentina y la dictadura de Onganía estudiados desde la perspectiva de las emociones tienen un tono diferente al que la historia política usualmente le asigna. La interrupción democrática desde la idea de desencanto social deja de lado una versión idealizada y sin fisuras de una historia lineal y ascendente a la que la Argentina llegó con dolor recién en 1983.

Acerca de ese camino de dolor y la formación de diversas comunidades emocionales en un proceso de transición hacia la democracia nos habla Di Renzo. El autor advierte que un sector de la intelectualidad castrense que venía bogando por un conjunto de ideas republicanas y alejadas del régimen emocional imperante no encontraría un contexto propicio para desarrollarse de no haber sido a partir de una gran humillación: perder la guerra en Malvinas. Aquí Di Renzo hace convivir a un conjunto de militares irredentistas que conoce y estudia con “coroneles democráticos” a los que les otorga una emoción en común analizando sus escritos en la Revista Cruz del Sur. Resulta interesante ver cómo a través del lenguaje y los discursos se fue fortaleciendo la idea de democracia y colaborando en la creación de nuevas instituciones como el CEMIDA que dieron cuenta y confirmaron la conversión militar, luego de la dictadura sangrienta y la derrota militar que cambió el curso de los hechos.

⁵ Proyecto de investigación Secretaría Investigación UNMdP *“Las emociones argentinas como motor de acciones políticas en la segunda mitad del siglo XX: pasiones, orgullos, fanatismos y vergüenzas”*. I y II. 2021- 2022 y 2023-2025.

Bolchinsky, a partir de un hito como el Mundial 78, se ocupa de aquella feroz dictadura de 1976, pero haciendo hincapié en las estructuras emocionales que se unieron a partir de la dupla fútbol y política. El autoritarismo y la militarización de la sociedad se funde emocionalmente con una estructura, la cultura del fútbol argentino, en la que resalta un conjunto de valores incorporados en el sentimiento, fundamentalmente pero no únicamente, masculinos. Se asocian a ellos la figura del padre, la infancia y el barrio, los cuales se imbrican con la patria, el heroísmo y el orgullo ganador. La victoria deportiva y la victoria patriótica fueron unidas en el discurso y la propaganda, y en ese sentido, dice Bolchinsky, “el gobierno de facto no sólo se erigió en base a un régimen de terror que impuso el miedo a través del terrorismo de estado y la represión, también busco promover la adhesión social a sus propuestas programáticas para lo cual fue crucial fomentar un sentimiento patriótico nacionalista redefinido desde el ideario castrense”.

En su conjunto, los escritos ofrecen ejercicios de investigación y una muestra de la posibilidad de abordar sus propios temas desde esta nueva perspectiva. Las propuestas de los comentaristas, quienes desde sus especialidades amablemente aceptaron leerlos, no hacen otra cosa que enriquecer esta tarea y analizar críticamente los límites o alcances de esta mirada original, que todavía tiene mucho camino para andar y varios escollos que sortear. A José Rilla, Sandra Gayol, Maria Bjerg, Daniel Serapiglia, Daniel Mazzei y Xosé Manoel Nuñez Seixas mi especial agradecimiento por la aceptación y dedicación de sus lecturas y consideraciones. Sus experimentadas miradas provenientes de diferentes campos no harán otra cosa que colaborar a poner en la lupa a esta perspectiva y despejar el camino que entre todos y todas hemos emprendido.

Bibliografía

- Ahmed, S. (2015). *La política cultural de las emociones*. México: UNAM.
- Arbaiza, M. (2018). Sentir el cuerpo: subjetividad y política en la sociedad de masas en España (1890-1936). *Política y sociedad*, 55 (1), 71-92.
- Barrera, B., Y Sierra, M. (2020). Historia de las emociones: ¿qué cuentan los afectos del pasado? *Historia Y Memoria*, (especial), 103–142.
- Bartolucci, M. y Favero, B. (comps.) (2021). *En el nombre de la patria. Juventud, nacionalismos cotidianos y emociones patrióticas. Argentina, 1955-1979*. Buenos Aires: Teseo.
- Bartolucci, M. y Gayol, S. (2024) Las emociones políticas: abordajes y potencialidades de un campo emergente, *Revista Paginas*, 17 (43) <https://doi.org/10.35305/rp.v17i43.928>

- Bjerg, M. (2019). Una genealogía de la historia de las emociones. *Quinto Sol*, 1 (23).
- Boddice, R. (2018). *The History of Emotions*. Manchester: Manchester University Press.
- Bourke, J. (2008). *Sed de Sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Casquete, J (2017). *Nazis a pie de calle. Una historia de las SA en la República de Weimar*. Madrid: Alianza.
- Frevert, U. (2004). *A Nation in Barracks: Modern Germany, Military Conscription, and Civil Society*. Oxford : Berg.
- Frevert, U. (2013). La politique des sentiments aux XIX^e siècle. *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, 46, 51-72.
- Frevert, U. (2014). The Modern History of Emotions: a Research Center in Berlin. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, (36), 31-55
- Frevert, U. (2018). *Historicizing Emotions*. Recuperado de <http://emotionresearcher.com/wp-content/uploads/2018/03/Emotion-Researcher-March>
- Frevert, U. (2024). *Writing the History of Emotions. Concepts and Practices, Economies and Politics*. Londres: Bloomsbury Academic.
- Gammerl, B. (2015). Emotional Styles-concepts and challenges. *Rethinking History*, 16 (2), 161-175.
- Gómez Ramos, A. y Velasco Arias, G. (Eds.) (2024). *Atlas político de emociones*. Madrid: Trotta.
- Moscoso, J. (2012). *Pain. A cultural history*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Moscoso, J. (2015). La historia de las emociones, ¿de qué es historia? *Vínculos de Historia*, 4.
- Mosiewicki, F. (et. al.) (2023). *Enseñar a través de la historia de las emociones. Manual para docentes de escuela secundaria*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata. Secretaría de Ciencia y Tecnología.
- Plamper, J. (2014). Historia de las emociones. Caminos y retos. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36, 17-29.
- Reddy, W. (2004). *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosenwein, B. (2016). *Generations of feeling: a history of emotions, 600-1700*. Cambridge: Cambridge University Press.

Scheer, M. (2012). Are Emotions a kind of practice (and is that what makes them have a history?) A Bourdieuan approach to understanding emotion. *Theory and History*, 51, 193-220.

Sierra, M. (2015). Entre Emociones y política. La Historia cruzada de la virilidad romántica. *Rubrica Contemporánea*, 7 (4).

Stearns, P. y Matt, S. (2014). *Doing Emotion's History*. Illinois: University of Illinois Press.

Stearns, P. y Stearns, C. (1985). Emotionology: Clarifying the History of Emotions and Emotional Standards. *American Historical Review*, 90 (4), 813-836.

Zaragoza Bernal, J. M. (2013). Historia de las emociones: una corriente historiográfica en expansión. *Asclepio*, 1 (65).